

NOE CASADO

Negando la realidad

PIJAS Y DIVINAS 2



Noe Casado

Negando la realidad

Pijas y divinas 2

Esencia/Planeta



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Noemí Ordóñez Casado, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019, 2022

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: junio de 2022

Depósito legal: B. 8.493-2022

ISBN: 978-84-08-25879-7

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

De una boda, en teoría, sale otra boda.

Chorradas.

¡Qué más quisiera yo!

Porque, os seré franca, quiero casarme, cuanto antes, y no me sirve cualquiera.

Os lo explicaré.

En mi entorno y en mi familia, el matrimonio es un arte o al menos así me lo ha explicado mil veces mi madre, que, con veintiún años recién cumplidos, no lo pensó dos veces y «engatusó», como ahora dice mi padre con resignación, a un niño rico, obteniendo así una posición social inigualable, con la que la hija de un modesto zapatero (con negocio propio, eso sí) jamás habría soñado.

Cuando le llegó la hora de trabajar, tenía dos opciones, seguir en el negocio familiar o intentar conseguir un puesto en unos grandes almacenes, lo cual era sin duda más elegante, así que hizo las pruebas y se empleó como vendedora en la sección de caballeros.

Por lo visto, mi padre, un señorito de los de toda la

vida, iba a esos grandes almacenes a encargar su ropa a medida, y mi madre, que no quería conformarse con ser una simple dependienta, se las ingenió para convencer al chico de buena familia y no dudó en adelantar la noche de boda. ¿La consecuencia? María del Pilar de la Vega Sañudo, yo. Aunque desde hace años nadie me llama así. Mi mejor amiga y yo decidimos buscarnos nombres más elegantes, así que todos me conocen como Mapi.

Bien, volvamos al asunto de las bodas.

He tenido novios, pretendientes, lo normal; sin embargo, ninguno cumplía todos los requisitos, empezando por una cuenta bancaria saneada. Ya sé lo que estáis pensando, no hace falta que me lo digáis, pero antes escuchad mi razonamiento.

Yo no valgo para trabajar, mis estudios son limitados y, la verdad, me he criado entre algodones y no quiero echarlo todo a perder, así que necesito un candidato a esposo que preferiblemente no me saque muchos años y que además no sea difícil de mirar, aunque, según mi madre, eso es lo de menos. «A todo se acostumbra una, hija» es su frase preferida.

Y ahora estoy en la boda de Gema, una de mis dos amigas, y miro alrededor convencida de que aquí no está el candidato. No hace falta esforzarse mucho, porque la familia de la novia es, por decirlo de una forma educada, pintoresca, nuevos ricos.

Y la del novio no se queda atrás, pero sin economía boyante.

A mi lado está Sun, la tercera del grupo. Nos conocemos desde niñas, pues nuestras familias viven en la misma urbanización de lujo. Después se incorporó al grupo Gema, y las tres, desde la adolescencia, hemos pasado por todo juntas.

Incluido que yo me acostara con el que es ahora el marido de Sun. Un error estúpido, pues Daniel pensaba en ella y no en mí. Todavía, y eso que ha pasado bastante tiempo, me siento incómoda cuando lo veo, aunque por mi amiga finjo lo que haga falta.

La que hoy se nos casa, a pesar de que el novio no nos gusta a ninguna, es Gema. Conoció a Alberto en la boda del hermano de Sun. El chico trabajaba como camarero, una profesión muy respetable, no digo que no, sin embargo, no es lo que tanto Sun como yo hubiésemos querido para nuestra amiga, sobre todo porque el padre de Gema es un tipo con dinero gracias al pelotazo urbanístico que dio hace unos años.

Alberto, pese a no tener unos ingresos considerables, ha sabido ganarse a sus suegros, que por lo visto valoran el esfuerzo y la honradez antes que la cuenta bancaria. Algo que queda muy bien, pero que no comprendo.

Y aquí estamos, a punto de ver cómo cortan la tarta nupcial, rodeados de una familia chabacana, gritona y sin pizca de *glamour*.

Ahora diréis ¿qué tiene eso que ver conmigo? Pues mucho, pues si se hubiese tratado de una boda de pos-tín, yo podría tantear el terreno.

—Llevas demasiado tiempo callada —dice Sun a mi lado—. ¿Es por lo de tu padre?

Tanto Sun como Gema conocen las andanzas financieras de mi padre, que lo han llevado a prisión por estafa, alzamiento de bienes y evasión de impuestos. Una situación que nos ha dejado casi en la ruina. Amén del descrédito social, pues Adolfo de la Vega, mi progenitor, pertenece a una larga estirpe de hombres de negocios, pero no ha sabido capear los altibajos y ha acabado

mal, con las cuentas embargadas y a punto de perder la vivienda familiar.

—Ya nada puede sorprenderme sobre lo que dicen que ha hecho —admito, y hago una mueca—. El problema es que vamos a tener que vender la casa.

—¡Ay, joder, lo siento!

—Y mudarnos con mi tía Demetria.

—Ay, joder, eso lo siento todavía más —comenta Sun haciéndome reír, porque la conoce.

La hermana de mi madre, esa mujer que no parecía gran cosa, en vez de casarse con un niño rico, lo hizo con un tendero de barrio. Se pasó años tras un mostrador vendiendo ultramarinos a las marujas. La de veces que mi madre se reía de ella por tener como marido a un tipo tan pobretón que despachaba chóped. Pues bien, el pobretón se dedicó a ir comprando pisos y locales con lo que sacaba de la tienda, hasta que se jubiló, y gracias a los alquileres ahora viven como marqueses.

Y las tornas han cambiado, pues mi tía Demetria nos restriega por el morro que, si tan finolis y tan señoritos éramos, ¿por qué nos van a echar de nuestra casa? Un duro golpe para el orgullo de mi madre, que ha tenido que pedirle ayuda económica para llegar a fin de mes, ya que un juez ordenó el bloqueo de las cuentas y con lo que dejó libre apenas podíamos pagar gastos, y más teniendo en cuenta el nivel de vida que llevábamos. Ahora ya solo tenemos dos personas de servicio y en breve prescindiremos de ellas. Sé que por ahí mi padre tiene dinero oculto, no obstante, tenemos que ser muy cuidadosos a la hora de recurrir a él, para que el juez no sospeche. Lo dice el abogado, no yo.

—Prefiero no hablar ahora de mi familia —le digo a Sun, que está sentada a mi lado vestida de forma im-

pecable, lo mismo que yo, que, pese a estar a punto del desahucio, mantengo las apariencias—. ¿Cuándo os vais a casar en serio Daniel y tú?

Sun tuerce el gesto y suspira con aire dramático, aunque yo sé que en el fondo no la afecta tanto como quiere aparentar.

—Me temo que —mira su alianza— tendré que conformarme con el bodorrio de Las Vegas. Daniel se niega a hacer el paripé aquí.

—Chicas, chicas, ¿qué hacéis ahí sentadas? ¡Salid a bailar! —nos dice Juana, la madre de la novia, que se ha acercado a nosotras.

Suenan las primeras notas de *It's Raining Men* y, bueno, podría ser peor.

—Yo he perdido un marido —dice Sun de buen humor y señala la barra donde el susodicho charla animadamente con otros invitados, algo que me sorprende, pues Daniel es profesor universitario y no entiendo cómo se relaciona con tanta facilidad con esta gente.

—¡Fran! —grita Juana—. ¡Ven aquí, anda! Y saca a esta chica tan guapa a bailar.

Me señala a mí, por supuesto, porque soy la amiga soltera.

No sé quién es el tal Fran ni quiero saberlo y mucho menos bailar con él, seguro que se trata del familiar paleta; sin embargo, me encuentro delante de un tipo que..., bueno, no está nada mal, aunque, la verdad, sus rasgos son un poco rudos. Lleva un traje caro, eso no me pasa desapercibido, aunque da la impresión de que el traje lo lleve a él.

—Mapi es amiga de Gema —nos presenta Juana—. Y es soltera.

—Gracias, tía, pero ya tengo plan para hoy —suelta el tipo, que apenas me mira durante cinco segundos—.

Mejor me vuelvo con Irina, que para eso es mi acompañante.

El tipejo nos deja sin más explicaciones y la cara de Juana es un poema.

—Mi sobrino es... de lo que no hay. Sigue encaprichado de ese pendejo, que solo está con él para sacarle el dinero —explica Juana con disgusto—. Toda la familia, en especial mi hermana, cruza los dedos para que la deje, pero no hay manera. La Irina es tan lista que le come la cabeza.

Ni Sun ni yo la corregimos cuando pone el artículo delante del nombre propio. Y tampoco decimos en voz alta que esa mujer le come otra cosa, no la cabeza. O no al menos la que lleva sobre los hombros.

—No te preocupes, no me ha molestado —digo, para que no le dé más vueltas.

Ahora encajan más piezas, tipo rústico, sin modales y con algo de dinero. Mejor ni acercarme, y, si lo miro desde el punto de vista positivo, me ha hecho un favor, porque el tal Fran tiene pinta de macarra, de chulo, de esos que muestran la cartera y las llaves del coche esperando que alguna se rinda a sus pies. Un horror, no estoy tan desesperada por encontrar un marido como para planteármelo.

Es la impresión que me ha dado. Viste bien, pero da la sensación de que no está acostumbrado a llevar traje. Su tono de voz ha sido desconsiderado y vulgar. De estar habituado a moverse en círculos selectos, sin duda habría rechazado la propuesta de su tía de manera mucho más educada y si encima está saliendo con una chica que se llama Irina, que quiere sacarle el dinero, pues sumas dos y dos.

—Vaya papeleta —murmura Sun a mi lado, seña-

lando al primo de Gema, que está bailando con la tal Irina, que por cierto es mona, todo hay que decirlo.

—Casi siento pena por la pobre —añado, mirando a la parejita.

—Qué manía tiene la gente de emparejar a los solteros —se queja mi amiga—. Como si no pudiéramos apañarnos nosotras solas.

—No conocía esa faceta tuya tan independiente —me guaseo, y ella sonrío.

—Ni yo —añade risueña y me deja sola cuando su marido le hace una seña para que vaya con él.

Y aquí sigo, saludando a invitados a los que no conozco de nada, hablando de temas insustanciales, sonriendo un tanto forzada y viendo a mis dos amigas bailar acarameladas con sus respectivos maridos, mientras yo lo hago con un tío de Gema que me dobla la edad y encima soltero. Me ha pisado ya dos veces y va borracho, porque esto de que tras el banquete haya barra libre es un arma de doble filo.

Yo también estoy tentada de acercarme a la barra y pedirle al camarero que me ponga media docena de chupitos, a ver si me animo, sin embargo, prefiero librarme de mi pareja de baile con la excusa de que tengo que ir al aseo. Menos mal que no se ofrece a acompañarme y se queda en la pista bailando (o haciendo el ridículo) al compás de *Dancing Queen*.

No voy a usar los aseos situados junto al salón, seguro que están hechos un asco, y me voy a los servicios de la primera planta, para lo que atravieso todo el salón de ceremonias, no sin antes esquivar a dos invitados bastante alegres que quieren bailar sin tener la menor noción del ritmo.

Y yo no me he maquillado, peinado y vestido con

esmero para que dos tipos con dudoso ritmo y sudados se acerquen a mí. No voy a disculparme por ser exigente y, no lo neguéis, más de una vez seguro que fingís hablar por teléfono para no saludar a esa persona demasiado efusiva y con escasa afición por la higiene.

El establecimiento donde Gema ha celebrado su boda es enorme, caro y de buen gusto, menos mal, porque conociendo sus orígenes proletarios tanto Sun como yo nos temíamos lo peor, pero en esta ocasión el dinero de su padre está siendo bien empleado.

Bueno, el mérito es de la *wedding planner*.

Aunque lo estéis pensando, no es una crítica, es una simple opinión, porque quiero a Gema y no deseo que se convierta en uno de esos nuevos ricos que, queriendo hacer ostentación, terminan haciendo el ridículo.

Llevamos muchos años de amistad y tanto Sun como yo siempre le hacemos observaciones sobre ciertos aspectos que en determinados círculos son importantes.

Por fin llego a los aseos, amplios y bien dispuestos, porque odio esos minúsculos cubículos donde apenas puedes moverte. Además, mi intención es retocarme el maquillaje y preciso buena iluminación y espacio. Aunque primero voy al retrete.

—¡Eres un hijo de puta! —exclama una mujer, justo cuando echo el pestillo.

—No montes un escándalo, guapa —replica una voz masculina con un tono cercano al aburrimiento.

Esa voz me suena de algo...

—Y un tacaño, ¡me van a desahuciar pasado mañana!

Lo que me faltaba, un sainete de pareja mientras hago pis, a ver cómo salgo yo de aquí sin parecer una cotilla que pega la oreja tras las puertas. Porque me

importa un pimiento qué les ocurra a esos dos. Espero que se reconcilien pronto y se larguen.

—Te lo advertí hace seis meses, Irina —indica él—. Yo no voy a seguir pagándote tus pijadas y caprichos. Trabajas y listo, que no eres una cría.

—Hace tiempo que nadie me llama. Mi agente dice que las cosas ahora van muy mal —se excusa ella.

Cierto, las cosas van mal para mucha gente.

¿Y a mí qué me importa lo que le pase a esta tiparraca?

—Te pasé el teléfono de un amigo que organiza eventos y busca azafatas; ni siquiera tuviste la decencia de llamar —alega el tipo, cabreado.

—¡Soy modelo, no azafata! —se queja la chica y, la verdad, llamándose Irina pensaba que tendría acento ruso o algo, no que hablara en castellano normal y corriente.

«Vaya, tiene aspiraciones», pienso con sorna, pues anda que no hay niñas monas aspirantes a modelo por ahí.

—No me jodas, Irina, no me jodas. Y no seas tan digna, que yo no me mato a currar para mantenerte a ti, te lo dije desde el primer día.

—Pensaba que al acostarnos... —murmura acongojada— te ocuparías de mí.

Ay, ay, ay, pienso, sentada en el retrete, a pesar de haber acabado hace un ratito, pero es que no puedo salir, aquí se masca a tragedia.

—Solo follamos, por el amor de Dios, y si te presté algo de pasta fue por echarte un cable, no para que vieras a mi costa, que ya eres mayorcita, guapa —le suelta con chulería.

Joder, qué mala suerte, ir a encontrarme con el primo de Gema, el chulo del traje caro.

Ella se echa a llorar, un clásico para conmover a cualquiera, aunque intuyo que al primo de Gema le resbala.

—Fran, solo este mes, te prometo que...

—Ni un céntimo —la interrumpe—. ¿Te crees que a mí me llueve el dinero del cielo?

—¿Qué te cuesta, joder? Ganas mucha pasta —insiste Irina con voz quejumbrosa.

¿Fran gana mucha pasta? Lo dudo, a saber qué considera la aspirante como mucha pasta.

—He dicho que no. Ya lo hablamos la semana pasada, cuando prometiste acompañarme a la boda de mi prima y portarte bien, así que haz el favor de arreglarte y no beber más. No quiero hacer el ridículo delante de toda la familia.

—Tu madre me odia —le espeta ella con rabia contenida.

«No me extraña —pienso—, si lo único que quieres es sacarle el dinero sin siquiera esforzarte por cumplir un papel.» No la culpo, pero eso hay que hacerlo con más sutileza, no lloriqueando en un aseo.

No es tan fácil, como muchas piensan, tener entretenido a un hombre y conseguir que pague tus gastos. Es todo un arte y has de llevar años entrenándote, y chicas monas como Irina, sin preparación alguna, que lo apuestan todo a una carta (su físico) las hay a patadas. Aparte de guapa hay que ser inteligente y nunca, nunca, parecer desesperada. Eso enciende todas las alarmas en los hombres.

—Te suena el móvil —dice él.

—No, será el tuyo —replica ella, llorosa, y hasta la oigo sorber los mocos.

Mal, muy mal, nunca se ha de perder la compostu-

ra. Si se recurre a las lágrimas, debe ser como último recurso y de forma sutil.

¡Sorber los mocos, por Dios!

—No, no es mi móvil —gruñe él.

Mecachis, es el mío. Rechazo la llamada para que no siga sonando.

Alguien, lo más probable él, empuja la puerta, que está bloqueada con el pestillo.

De momento mi identidad queda protegida.

—Ocupado —murmuro con un hilo de voz, a ver si creen que soy una ancianita y se largan.

Pero el puñetero móvil vuelve a sonar y la melodía no es precisamente la que llevaría una señora mayor, sí, esa típica de los Nokia de hace diez años y, claro, me toca salir y dar la cara.

Seguir escondida ya no es posible.

Descorro el pestillo y, muy digna, salgo fuera.

Fran arquea una ceja y cruza los brazos.

No así la chica, que, muerta de vergüenza y sollozando, sale escopetada del baño dejándonos a solas.

Él, ahora sí, me mira mejor. No parece afectado por el hecho de que haya escuchado una conversación que a mi modo de ver no deja bien parado a ninguno de los dos.

—Vaya con la amiguita de Gema, además de pija, cotilla —me espeta con altanería.

—Vaya con el primito de Gema, además de hortera, chulo y tacaño.

—¿Hortera? —repite.

—No se te olvide, también chulo y tacaño —le recuerdo, porque me parece ilógico que solo le moleste el primer adjetivo.

—¿Vas a ir a contárselo corriendo a Gema? —pre-

gunta, adoptando esa pose de tipo duro, que sí, impacta, y por eso no me debe confundir.

—No, iré despacio, que estos tacones no son para correr.

Le muestro mis *stilettos*, lo que hace que mis piernas, ya de por sí alucinantes (nada de falsa modestia, lo son), sean examinadas por un tipo que ni me va ni me viene, pero al que prefiero tocarle la moral, por prepotente.

—No, no lo son —comenta divertido y me mira con aire burlón antes de añadir—: Son para follar.

Abro los ojos como platos ante semejante descaro.

—Creo que te estás confundiendo, es tu amiguita a la que tienes que llevar al huerto, no a mí.

—En el fondo sois parecidas —me suelta con aire de perdonavidas.

Sí, el traje es caro, pero una vez más se cumple el dicho de que aunque la mona se vista de seda...

—¿Perdona?

—Ella al menos admite que necesita la pasta —dice, y me mira fijamente—, y por lo que he oído de ti, eres una pija arruinada. Aunque, dadas las circunstancias, hasta podríamos llegar a un acuerdo ventajoso.

¿Le doy una bofetada o no?

Respiro, las personas no hacen eso, aunque seguro que entendéis mis ganas de darle en esa cara de engrñado que tiene.

—En el caso de que necesitase financiación... —me acerco a él, quedando cara a cara; gracias a mi estatura y a los tacones puedo mirarlo a los ojos—, tú serías el último al que recurriría. Tienes pinta de ser eyaculador precoz.

Fran se echa a reír a carcajadas.

—Joder con las pijas, si al final vais a ser divertidas y todo —se guasea—. Y, por lo que veo —se asoma a mi escote—, hasta puede que seas medianamente interesante.

Desde luego, este tipejo carece de filtro verbal.

—Algo que nunca podrás saber a ciencia cierta.

Y, con toda la elegancia del mundo, le doy unas palmaditas en la mejilla. Una actitud condescendiente que cabrea mucho a los hombres y en especial a este, seguro, que es un chulo con todas las letras.

Pero no contaba con su rapidez, porque me sujeta de la muñeca, me la agarra con fuerza y, sin dejar de sonreír de forma burlona, me acorrala contra la encimera del lavabo. Utiliza su superioridad física para intimidarme.

—Me apuesto lo que quieras a que todo depende de la oferta que te haga —murmura casi pegado a mi boca.

—¿Te funciona alguna vez este numerito *macho man*? —pregunto sin pestañear.

—Sí, querida, funciona —responde en voz baja, ¿seductora o me lo ha parecido a mí?

A ver, partiendo de la base de que a todas, bueno, a casi todas, que siempre hay algún bicho raro, nos gustan los tipos malotes, tengo derecho a flaquear, pero solo durante unos segundos, los que tardo en humedecerme los labios para que se confíe, antes de darle un empujón.

—Sigue soñando —le suelto con desdén y me acerco a la puerta, deteniéndome medio segundo antes de salir para mirarlo por encima del hombro y sonreírle.

Fran se queda allí, en el servicio de señoras, con los brazos cruzados y una actitud chulesca que enerva un poco, ¿a que sí?

Pero no le voy a dar el placer de replicarle, por lo que vuelvo a la fiesta.

—¡Ya nos veremos, señorita pija! —grita y se echa a reír.

—Gilipollas.